

Históricas Digital

“Para terminar”

p. 325-330

Historias de la Conquista

Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl

Miguel Pastrana Flores

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2023

356 + 12 p.

Láminas

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 2)

ISBN 978-607-30-7292-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de marzo de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/438b/historias_conquista.html

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



PARA TERMINAR

Ésta es la memoria de las cosas que sucedieron y que hicieron. Ya todo pasó. Ellos hablaban con sus propias palabras y así acaso no todo se entienda en su significado; pero, derechamente, tal como pasó todo, así está escrito. Ya será otra vez muy bien explicado todo.

Chilam Balam de Chumayel

Después de lo dicho en los capítulos anteriores quedan algunos aspectos que deben ser puntualizados. Por principio de cuentas hay un problema que se presenta a lo largo de las obras de tradición indígena; se trata de una cierta idea de determinismo que permea el tratamiento de la historia de la Conquista.

Al respecto cabe recordar cómo los presagios parecen manifestar una ineluctable voluntad divina para que ocurra el fin del poder de los mexicas. En ese sentido pueden recordarse las palabras de la piedra parlante, así como el simbolismo de diversos presagios del “Libro XII” de Sahagún. También el análisis de la figura de Motecuhzoma en las crónicas puso de manifiesto diversos pasajes en los cuales se expresa la idea de que el fin de los mexicas fue decidido por la divinidad como castigo por las innumerables faltas del gobernante. De igual manera, al abordar el sentido de la Conquista fue posible encontrar diversos puntos que señalaban como causa profunda del acontecimiento la decisión divina. Todos estos aspectos parecen señalar que en las obras de tradición indígena está presente un principio de determinismo.

Por otra parte, este aparente determinismo parece hacer eco con una idea que comúnmente se ha atribuido al pensamiento náhuatl, el fatalismo.¹

¹ Sobre los conceptos de determinismo y fatalismo entre los antiguos nahuas véase Alfonso Caso, *El pueblo del sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 123-125; Jaques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, traducción de

En ese sentido, la pregunta que corresponde formularse es, como ya se ha dicho, ¿los autores de las crónicas pensaban que la Conquista era inevitable? En una primera lectura la respuesta es afirmativa. Pero es conveniente considerar las obras en su conjunto, ya que en ellas encontramos no sólo la narración de la caída de los mexicas sino también la historia de su encumbramiento. Al principio de algunas obras encontramos el relato de cómo un pueblo migrante se convierte en un estado hegemónico por mandato de su dios, el Tetzáhuitl Huitzilopochtli, y por la valentía y el esfuerzo del grupo dominante.

Si efectivamente puede hablarse de un determinismo en la historia mexicana, éste debe aplicarse a todo su devenir, tanto a sus días de gloria como a su caída. Ambos momentos fueron encauzados por la voluntad divina; pero así como la promesa de poder y riquezas que hiciera Huitzilopochtli requirió para su cumplimiento del concurso de la determinación y el arrojo de los gobernantes mexicas, de igual manera, en su destrucción, la mala actuación de Motecuhzoma es un importante elemento explicativo. Con esto tenemos que la acción del hombre en el mundo es fundamental para el cumplimiento de los designios divinos.

De esta forma, estamos, efectivamente, ante una concepción determinista de la historia, pero que no lo es más que otras concepciones en las cuales la divinidad interviene de manera directa en el devenir del hombre. Es una concepción de la historia en la cual, dentro del rumbo general marcado por la deidad, existe un espacio importante para la acción creadora —o destructora— del hombre; en otras palabras, no hay un determinismo absoluto. Por tanto, para que se pueda hablar con toda propiedad de fatalismo en la conciencia histórica náhuatl habría que incluir en tal “fatalismo” el recuerdo de su propio encumbramiento. Aquí la conclusión es que la Conquista fue tan inevitable como la grandeza del pueblo mexicano; ambas

Carlos Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 107-108, 115, 121, 123-124; Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, traducción de Sita Garst y Jasmin Reuter, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 184-185, y Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, prólogo de Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 197-199, 202.

fueron señaladas por lo divino y en ambas la acción del hombre fue fundamental para que dichos acontecimientos tuvieran lugar.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta que las obras de tradición indígena que hemos analizado se enmarcan en un gran proceso de cambio cultural y de transformación radical de las estructuras de la sociedad indígena del Altiplano Central.

Dicho proceso se manifiesta a través de profundos cambios en la tradición histórica náhuatl. Así lo demuestran tanto el paso de las obras anónimas a las obras de autoría individual, como la aparición de elementos europeos y cristianos más sutiles, pero no menos importantes, tales como el uso del término “diablo” para referirse a los antiguos dioses o la equiparación de los cargos políticos indígenas con los títulos de la nobleza española.

Como es de esperarse, pueden encontrarse en las obras de tradición indígena elementos de esa transformación. Así, en los *Anales de Tlatelolco* y en el “Libro XII” de la *Historia general* de Sahagún el contenido cristiano es mínimo, por no decir nulo. Significativamente, éstas son las obras más tempranas.

Mientras que en las obras más tardías, como las de Tezozómoc, Muñoz Camargo, Del Castillo, Ixtlilxóchitl y Chimalpain encontramos, junto a la voluntad por preservar y continuar la tradición historiográfica indígena, el interés por situar e interpretar el devenir de los pueblos indígenas conforme al concepto cristiano de la historia. Esta característica es central para comprender la estructuración de las obras, ya que a pesar de tratar de mantener una antigua tradición la renovaron con los nuevos elementos que les imponía su entorno cultural.

Por una parte, las crónicas hacen la recuperación de ese pasado, sobre todo del recuerdo de las glorias de los grupos dominantes mexicas, tlatelolcas o chalcas, mientras que por otra parte hay una condena implícita —y a veces explícita— de la idolatría y la tiranía antiguas. Éste es un doble juego de las crónicas respecto del pasado prehispánico, lo que en cierta forma implica deslindarse de una parte de él.

Esto pone de manifiesto un conflicto y una tensión en los autores de fines del XVI y principios del XVII con respecto a su pasado. Pero ¿cuál es esa tensión? ¿Cuál es el conflicto?

Es la situación social, política, económica y cultural que afronta la nobleza indígena colonial que ha perdido su posición de privilegio. Los nobles, después de la Conquista, ya no fueron objeto de distinciones, ya no pudieron disfrutar de las riquezas, de los artículos suntuarios y de los atavíos que testimoniaban su rango; en lo cultural fueron el objetivo estratégico de las órdenes mendicantes para la transformación de la conciencia religiosa indígena. Y fue precisamente con los religiosos que aprehendieron aspectos importantes de la cultura de los vencedores.²

Aquí es necesario hacer un corte generacional entre los autores de las obras más tempranas que recogen el impacto directo de la Conquista y el testimonio de los testigos presenciales, en tanto que sus hijos, nietos y bisnietos, a lo largo del siglo XVI y principios del XVII, emprenden un trabajo de preservación y recuperación de la memoria histórica de los grupos de linaje; son hombres ya cristianos que conjugan en su ser y en sus escritos la fe católica con la tradición del grupo dominante indígena. Se trata de nobles reconocidos por la autoridad española, pero con un poder efectivo mínimo, incapaces de emprender grandes acciones como sus antepasados y dedicados a ser intermediarios entre las instituciones españolas y las comunidades indígenas.

Por todo esto, bien podemos afirmar que la historiografía de tradición indígena sobre la Conquista se mueve entre el impacto directo de la catástrofe y el recuerdo vivo de la derrota, y la nostalgia del poder perdido, conjugado siempre con las necesidades imperiosas del momento para justificar pretensiones y títulos. De igual ma-

² No siendo éste el lugar de entrar en detalles de dicho proceso, el lector puede ver los siguientes estudios: de Silvio Zavala y José Miranda, "Instituciones indígenas en la colonia", en Alfonso Caso, Silvio Zavala, José Miranda y Moisés González Navarro, *La política indigenista en México. Métodos y resultados*, 2 v., México, Instituto Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 102-106; de Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español 1521-1821*, 9.^a edición, traducción de Julieta Campos, México, Siglo XXI, 1986, p. 157-162; de James Lockhart, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, traducción de Roberto Reyes Mazzoni, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 151-162. Aunque no se refiere al Altiplano Central de México, el mejor estudio sobre el tema es sin duda el de Delfina López Sarrelange, *La nobleza indígena de Pátzcuaro en la época virreinal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, *passim*.

nera, en las crónicas perduran ciertos conceptos indígenas, expresados en imágenes metafóricas de contenidos tradicionales, como son la descripción del corazón de Motecuhzoma o su intención de huir al Cincalco, aspectos que señalan la continuidad y preservación de importantes conceptos indígenas sobre la historia y el poder, además de conjuntarlos con elementos interpretativos cristianos, y de reconocer la presencia de algunos paralelismos culturales, como la aceptación de la existencia de presagios, o de las consecuencias de la mala actuación de los gobernantes.

Por ello, es posible sustentar que estamos ante un interesante proceso de transformación de la concepción indígena de la historia, que se manifiesta en su producción historiográfica, proceso que podríamos designar como “mestizaje historiográfico”, en el cual se presenta la confluencia de la tradición indígena con la cristiana. Ambas tradiciones históricas se funden en estas obras, de ahí su riqueza conceptual y las particulares dificultades para su aprehensión. De esto se deriva una de las conclusiones más importantes, pues temas tan conocidos como la cobardía de Motecuhzoma, la tan llevada y traída identidad de los españoles como dioses y otros asuntos más, antes que ser datos “duros” o “datos positivos”, para emprender la reconstrucción histórica de la conquista española, son interpretaciones, recursos tradicionales y discursivos de los que se valió la historiografía náhuatl para comprender y asimilar la conquista militar y poder enfrentar su presente.

Posiblemente la mejor manera de terminar y de ilustrar el doble carácter de las obras, cristianas e indígenas o, más bien, producto de una tradición indígena ya cristianizada, sea recordar las palabras que le dijo un indio a fray Diego Durán para explicar su actitud religiosa:

—Padre, no te espantes, pues todavía estamos *nepantla*, y como entendiese lo que quería decir por aquel vocablo y metáfora, que quiere decir “estar en medio”, torné a insistir me dijese qué medio era aquel en que estaban. Me dijo que, como no estaban aún bien arraigados en la fe, que no me espantase; de manera que aún estaban neutros, que ni bien acudían a la una ley, ni a la otra, o por mejor decir, que creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y ritos



del demonio, y esto quiso decir aquel en su abominable excusa de que aún permanecían “en medio y eran neutros”.³

Conviene retener en la mente la referencia a un contexto de transición cultural, implícita en el término *nepantla*, para comprender el conjunto de la historiografía de tradición indígena novohispana, reconociendo siempre tanto los matices particulares de cada una de las obras, como el enorme esfuerzo intelectual por mantener y revitalizar una memoria histórica que permitía la identidad de los grupos de poder indígenas en las condiciones de la Nueva España.

³ Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2.^a edición, introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, v. I, p. 237.